

EL CAPITÁN SANGREFRÍA

Conversación con el fantasma de
Rosendo Gómez Lorenzo

ÓSCAR DE PABLO

© Óscar de Pablo
Diciembre 2015

Esta publicación de Para Leer en Libertad A.C.

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez, Ezra Alcázar y Óscar de Pablo.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

I

LA LUCHA DE CLASES COMO RELATO DE AVENTURAS

Las dos imprentas

¿Es verdad que aquella noche entraste hecho un energúmeno en las instalaciones de *El Nacional*, diario del partido oficial de este país, con tu estatura de gigante y un marro en las manos, y que destruiste su imprenta a punta de formidables mazazos? ¿Es verdad que saltaron las tuercas y salpicó la tinta? ¿Es un hecho histórico o fue un sueño de nuestro movimiento obrero?

Los hechos verificables son los que siguen: Pocos meses antes, se había fundado una organización *sui generis*, el llamado “Partido Nacional Revolucionario”, concebido por su fundador, el ex presidente Plutarco Elías Calles, para ser más una agencia de cuadros de gobierno bajo su control personal que un partido propiamente dicho. Era el futuro PRI. Apenas una semana antes de tu hazaña, se había fundado también su órgano informativo, *El Nacional*, imaginado como la voz oficial del PNR y la voz oficiosa del gobierno. El 27 de mayo de 1929, una sofisticada imprenta Duplex plana fue instalada en las oficinas de Avenida Juárez en un acto semioficial. Como siempre ocurre en estos eventos, un momento incómodo ensombreció el acto: en el instante de la inauguración, resultó que la imprenta no arrancaba, pues estaba mal colocada. Todos los presentes en la ceremonia, incluyendo al propio presidente del partido, el general Manuel Pérez Treviño, tu-

vieron que quitarse el saco para ayudar a mover la imprenta e iniciar así el tiraje del primer número. La maniobra funcionó y todo fueron sonrisas y flashes fotográficos. La metáfora de la armonía social nacionalista quedaba completa con la colaboración de los grandes hombres y los simples trabajadores en un proyecto común: darle su periódico a los vencedores unidos de la Revolución Mexicana.

La realidad, sin embargo, es testaruda, y no todo era fiesta y armonía en esos días. Una semana después, el 6 de junio de 1929, el presidente decretó la prohibición del Partido Comunista de México. Ese mismo día, la policía se presentó en la planta alta del número 54 de la calle Mesones, donde se reunía el Comité Central del PCM y donde imprimía su periódico, *El Machete* —en la planta baja, por cierto, se ubicaba la cantina La Vaquita, que sigue existiendo hasta la fecha (somos, después de todo, un país de instituciones)—. Así, los uniformados no sólo arrestaron a todos los presentes, sino que también destruyeron la imprenta del partido. Esa pequeña imprenta, orgullo de los comunistas, había sido comprada de segunda mano cinco años atrás, en Europa, gracias a una colecta pública entre los obreros simpatizantes del PCM. Rafael Carrillo Azpeitia la había desembarcado en Veracruz en medio del fallido golpe delahuertista, y la había traído a México a riesgo de su vida. Tú, Rosendo Gómez Lorenzo, hombre de imponente fuerza y estatura física, tenías veintitantos años y eras el editor de *El Machete*.

Ahí acaba la historia verificable y empieza la leyenda de tu venganza.

Quiero pensar que es cierto: que para compensar el silencio que el gobierno les imponía, tú tomaste un marro de albañil, pesado como el martillo de Thor, y fuiste a silenciar

al gobierno mismo. Quiero pensar que los sorprendidos trabajadores de *El Nacional* te vieron entrar con tu facha de periodista y no se atrevieron a intervenir. Quiero creer que es verdad porque en tu figura de gigante veo a la clase obrera, tan acostumbrada a la resignación y al silencio, cerrándole el hocico de un martillazo a un poder acostumbrado a callar a los demás.

Hicieron falta circunstancias históricas muy especiales para dar lugar a semejante personaje. Pese a tu indestructible fidelidad al partido, o precisamente a causa de ella, tú, Rosendo Gómez Lorenzo, pudiste servir a objetivos radicalmente opuestos a lo largo de tu vida. Con toda la fuerza física y moral de un protagonista de Salgari (Efraín Huerta te apodaba con razón “El capitán Sangrefría”), buscaste serle fiel tanto a los altos ideales de la clase obrera como a los intereses inmediatos de la burocracia soviética, dos fines que coincidieron cabalmente en un punto para separarse después inexorablemente, desgarrando en su ruptura el destino de toda una generación de militantes: la tuya.

Tu increíble biografía, que parece sacada de una novela de aventuras, ilumina las luces y las sombras de una época, el siglo XX, y una organización: el Partido Comunista Mexicano.

Quiero preguntarte, Gómez Lorenzo, sobre algunos de los personajes fascinantes que constituyeron tu mundo, dándote una silueta propia. También quiero discutir contigo, como comunista, esa larga tragedia política de la que fuiste víctima y victimario, y que condujo a tu última y desdichada aventura. Pero antes, quiero recordar contigo, con tu fantasma, otros episodios rocambolescos que vinculan la acción directa con la comunicación de masas, y que te hacen único entre tus compañeros y entre nosotros.

La emisora

La noche del sábado 7 de noviembre de 1931, el corazón del ingeniero de sonido de la radiodifusora XEW, “La voz de la América Latina desde México”, latía a una velocidad desasosumbrada. Durante la última semana había estado recibiendo en su solitaria cabina las visitas de una encantadora turista húngara, interesada en aprender cómo funcionaba una radiodifusora. Esa tarde, sin embargo, la joven le había dicho que volvería a su país al día siguiente y le había rogado que dejara su puesto por un rato y la llevara a tomar una copa de despedida al bar de la esquina. Esa noche se transmitiría un larguísimo concierto de música clásica y el deber del técnico era quedarse a supervisar la transmisión. Pero lo cierto es que ya había dejado todo preparado y nadie notaría su ausencia durante una hora o dos. Así que se revisó el aliento, verificó su aspecto en el espejo, y abandonó discretamente su puesto del brazo de la húngara.

No sabemos cómo fue la cita (probablemente decepcionante para el técnico), pero tampoco importa. En realidad, la joven húngara no estaba en México como turista, sino como militante de la *Comintern*. Y aquella noche no era cualquier noche. Era 7 de noviembre: el XIV Aniversario de la Revolución Bolchevique Rusa.

Entonces llegó tu momento, Gómez Lorenzo. Tú y otro camarada fortachón —el estudiante de leyes campechano Evelio Vadillo, de quien ya hablaremos— aprovecharon la ausencia del técnico, y tras someter a punta de pistola al desprevenido vigilante, entraron en la cabina. Para entonces ya sabían cómo manejar la consola, pues la camarada húngara les había transmitido los conocimientos. Pero, ¿quién mejor

que tú mismo para contarnos lo que sucedió a continuación? Esto fue lo que escribiste, como reportero de tus propios actos, en el periódico que editabas, *El Machete Ilegal*:

“A las 9 de la noche del sábado 7 de noviembre, los radioescuchas se deleitaban con un magno concierto que había sido profusamente anunciado... A las 9 y un minuto, los radioescuchas dan un brinco. El concierto se corta bruscamente y una voz enérgica explica la causa, con estas palabras que resuenan escandalosamente en los tibios hogares burgueses, en los restaurantes, billares y cantinas, en los salones de clubes y sindicatos, en las casas de los humildes propietarios de aparatos de galena, en las terrazas públicas, en algunos cuarteles donde los soldados han sufrido descuentos de 50 centavos para la compra de una radiola, en las propias residencias de Ortiz Rubio y Calles: *Obligado a hacerse oír por todos los medios, el Partido Comunista de México, que ha visto saqueada su imprenta y confiscados sus periódicos en el correo, se apodera por algunos minutos de la estación XEW para decir a los trabajadores de América Latina lo siguiente...* y siguió un discurso de 10 minutos.”¹

La “voz enérgica” era la tuya. Debiste añadir que era una voz con un acento vagamente extraño: correcto pero nebulosamente costeño. Para cuando el técnico regresó a su puesto (decepcionado de no haber conseguido ni un beso de despedida), Evelio y tú habían desaparecido sin dejar rastro.

Calles y Ortiz Rubio estaban realmente furiosos. La toma de la XEW fue para ellos una humillación imperdonable que hubo que pagar con un recrudecimiento general de la represión. Capturado un año después, tú mismo pasarías dos años en las Islas Marías.

La noche de aquel 7 de noviembre llevaste la guerra de clases, una vez más, del terreno familiar de los medios de

1. Citado en Campa, 1985, p. 80.

producción, al terreno novedoso de los medios de comunicación. Una vez más, como cuando rompiste la imprenta de *El Nacional*, le arrebatabas al enemigo de clase el monopolio del micrófono, esta vez literalmente.

Los muros de agua

El 24 de junio de 1932 se celebró en un local sindical de la calle de Ecuador un mitin para la organización de desempleados. Lo presidían el panadero Miguel Ángel Velasco, el intelectual peruano Jacobo Hurwitz, y tú, Rosendo Gómez Lorenzo, líderes de un Partido Comunista Mexicano que después de tres años de persecución seguía sin rendirse. La travesura de la XEW de seis meses atrás seguía ardiéndole a las autoridades. Aunque el mitin era de naturaleza sindical y no partidista, la policía nunca ha entendido de sutilezas, así que disolvió la reunión y arrestó a todos los presentes que no lograron huir, entre ellos a los tres mencionados, a cuatro obreros afiliados a sindicatos rojos y a un desempleado. También fue arrestado un pobre peluquero que tenía su local a lado y que había entrado a la sede sindical sólo para usar el baño. Apenas tuvo tiempo de subirse los pantalones cuando los agentes lo esposaron.

En esos mismos días otros muchos comunistas fueron arrestados en diversas circunstancias, entre ellos José Revueltas, Evelio Vadillo y el trotskista Manuel Rodríguez. Otros eran obreros textiles que militaban en un sindicato comunista del barrio de San Bruno, en Jalapa. Doce eran militantes extranjeros que pasaban por México. Finalmente, unos cuantos eran soldados que habían sido sorprendidos leyendo o distribuyendo la prensa comunista ilegal. Al iniciar el mes de julio, había 39 personas presas por su afiliación, real o supuesta, al PCM.

Dos semanas después de tu arresto, el 7 de julio, el gobierno decidió enviar un mensaje. Todos los comunistas presos serían deportados: los doce extranjeros a Cuba, donde reinaba la feroz dictadura de Gerardo Machado, y los 27 nacionales a la siniestra colonia penal de las Islas Marías.

Qué destino el tuyo, Rosendo, siempre ligado a las aventuras y a las islas.

Se conserva un notable documento fechado en la Ciudad de México en noviembre de 1932, dirigido al “C. Jefe de Departamento” y firmado por el “Agente no. 2” (¿un policía infiltrado entre los presos?). Ahí se resume el caso de los comunistas enviados a las Islas Marías. Tú eres el primer mencionado del informe:

“Rosendo Gómez Lorenzo: natural de Villahermosa, Tab.; 35 años de edad; casado; con domicilio en la Av. Chapultepec 234 de esta Ciudad de México; fue redactor de *El Machete* y de otros periódicos comunistas; es miembro activo del Partido Comunista adherido a la 3ª Internacional; fue aprehendido el 24 de junio de este año cuando presenciaba una sesión de los Sin Trabajo en la Cámara Sindical Unitaria del DF, cuyas oficinas se encontraban en Ecuador 54 de esta ciudad. Se precia de ser comunista y niega haber ejecutado hechos penados por la ley. En las Islas se encuentra al frente de la Biblioteca.”²

La descripción política es exacta, pero ¿lo demás? ¿Seguías casado con Laura Mendoza? ¿No te habías separado de ella en 1926? En fin, ya hablaremos de eso después.

También te aumentaste la edad. Nada de 35. En el momento de tu arresto, apenas habías cumplido los 30 años. Sobre todo, no naciste en Villahermosa ni en ningún otro lu-

2. Citado en Mac Gregor, 2002.

gar de México. Eso, claro, es políticamente irrelevante entre internacionalistas, pero se entiende que tuvieras que convencer a la policía de tu origen mexicano para evadir la deportación. No podías saber que aquel engaño iba a reaparecer en las fichas biográficas de tu hija Andrea. En fin, también de ella hablaremos después. ¿Así que te pusiste al frente de la biblioteca de la colonia penal? Interesante, aunque hubiera preferido contar que fundaste un periódico.

Durante tu estancia en las Islas Marías conviviste con presos comunes y también con presos políticos de derecha: era la época de la guerra cristera y la interna más célebre de las Islas era la famosa madre Conchita, la abadesa conspiradora que había participado en el asesinato de Obregón.

Con José Revueltas coincidiste en dos ocasiones durante tu presidio. Llegó junto contigo en julio de 1932 tras haber sido capturado por su participación en la huelga de la fábrica El Buen Tono, pero fue liberado a los cinco meses por ser menor de edad (cumplió los 18 años en las Islas. ¿Le organizaron sus camaradas una fiesta de cumpleaños?) y la segunda en 1934, cuando lo capturaron dirigiendo una huelga de jornaleros en Camarones. Esa vez, quedaría preso por diez meses. Fue Revueltas quien nos legó la descripción más vívida de la existencia del militante en las Islas Marías, en su primera novela, *Los muros de agua*. ¿Alguno de sus personajes se inspiró en ti, Rosendo Gómez? ¿Viviste el horror que relata Revueltas? Espero que no. Hasta 1933, el director de la colonia penal de las Islas Marías fue el siempre progresista general Francisco J. Mújica, quien cumplía su deber, pero personalmente creía que los comunistas no tenían por qué estar presos. Probablemente hizo la estancia de los presos menos dolorosa. Ojalá haya sido así.

Tú no saliste del penal sino hasta bien entrado el año de 1934. Para entonces, el país al que regresaste había cambiado. También había cambiado tu partido.

Taxis contra caballos

No sé por dónde empezar esta historia, el más glorioso de tus hechos de armas, que culmina en aquel épico encontronazo de taxis y caballos.

Quizá deba comenzar unos días antes, cuando los nefastos Camisas Doradas anunciaron su intención de festejar el 20 de Noviembre con un desfile en el Zócalo. Esta organización debía su nombre al hecho de que su líder, el general Nicolás Rodríguez, había sido uno de los famosos Dorados de Villa. Por eso la caballería era su arma emblemática y por eso creían tener derecho a adueñarse de la Revolución Mexicana. Nada, sin embargo, tenían que ver con el villismo como movimiento popular, ni con nada remotamente revolucionario. Eran, por el contrario un grupo paramilitar financiado por patrones y hacendados, animado por una ideología ultranacionalista y dedicado a perseguir organizadores obreros y campesinos, a golpear maestros y a balacear comunistas. Eran, pues, la definición misma del fascismo. Pues bien, el 20 de noviembre de 1935 ellos quisieron entrar a caballo al Zócalo. Y ustedes decidieron impedirlo.

O quizá deba iniciar esta historia explicando el contexto político mexicano de aquel año: cómo el joven presidente Cárdenas había decidido romper con la tutela de quien hasta entonces había sido el Jefe Máximo del Estado mexicano, el expresidente Plutarco Elías Calles, para iniciar un marcado giro a la izquierda. Cómo el contenido social de la política estatal estaba por definirse y cómo los distintos sectores so-

ciales (los empresarios por un lado, los obreros por el otro) habían decidido armarse directamente para influir en el resultado, ante la mirada de una policía y un ejército que no sabían muy bien qué partido tomar.

Quizá deba empezar por recordar que dos años antes el fascismo había tomado el poder en Alemania, como lo había hecho en Italia una década antes, y que en el resto del mundo una solución similar era una esperanza para la extrema derecha y una amenaza seria para toda la izquierda.

Pero no. Esta es una historia de aventuras y debe comenzar con una afrenta y una venganza. Aquel 2 de marzo, meses antes de que los elementos de la naturaleza social desataran su furia sobre el Zócalo, los Camisas Doradas habían irrumpido con su acostumbrada brutalidad en un local público que el PCM acababa de inaugurar en la Plaza de Santo Domingo, rompiendo por igual papeles y mobiliario, destruyendo archivos y golpeando a hombres y mujeres.

Una vez más, como cuando rompiste la imprenta de *El Nacional*, la historia, o quizá el Comité Central, te nombró a ti, Rosendo Gómez Lorenzo, el agente de su venganza. No hay registro preciso de lo que hiciste, pues no fue precisamente legal. Aun desde el punto de vista revolucionario, no fue del todo ortodoxo por carecer del componente de masas. Por eso no hay crónica. Pero se sabe. Una versión ficcionalizada de esa incursión aparece en la novela de José Revueltas *Los errores*.

Acompañado de otro camarada (en este caso el veterano de la Revolución Ismael Díaz González), irrumpiste una noche en el local de los Camisas Doradas y, sin disparar un tiro, lograste salir llevándote sus archivos: los papeles donde tenían registrados los nombres y direcciones tanto de sus

patrocinadores como de ustedes, sus enemigos. La sutileza misma de la operación debió enfurecer particularmente a los iracundos dorados.

Pero esa guerrilla de pequeños golpes y contragolpes no podía seguir así. Y la culminación, la batalla decisiva, llegó el 20 de noviembre, con nuestro Zócalo como su insuperable trasfondo. ¿Qué cosas no han pasado en esa plaza? Ahí, como dice una canción medio cursi pero acertada, cabe “la más recia tempestad”. Ahí, ahí mismo, donde todos nosotros hemos caminado o nos hemos manifestado alguna vez, se amotinaron los indios y los negros en 1692 y quemaron el Palacio virreinal y el Ayuntamiento. Ahí entraron cabalgando Villa y Zapata en diciembre de 1914. Ahí los estudiantes de 1968, recién recuperado el espacio público para la protesta, vieron aparecer los tanques en las puertas de Palacio Nacional. Ahí, en 2014, la gente enfurecida intentó en vano quemar la puerta del mismo Palacio. Toda una historia nacional de la lucha de clases condensada en una misma plaza. Pero mi episodio favorito fue el que protagonizaste tú, Gómez Lorenzo, el que protagonizaron ustedes, aquel 20 de noviembre de 1935.

Esta vez ya no se trataba de la obra sutil de dos allanadores clandestinos. Tampoco se trataba de tomar una radio-difusora por diez minutos ni de destruir una imprenta: esta vez sería un choque de multitudes, una batalla en regla. La clave, como siempre, fueron las masas organizadas. En particular, el Frente Único de Trabajadores del Volante, como se llamaba la organización sindical de los taxistas.

Desde la oficina del Comité Central, el ferrocarrilero Valentín Campa coordinaba la acción. Sobre el terreno, el mando estaría a cargo de los dos camaradas con más inclinación para las acciones militares, los dos tipos de cuidado del

comunismo mexicano: el pintor David Alfaro Siqueiros, que en la Revolución había adquirido el cargo de coronel, y tú, capitán Sangrefría, capitán sin grado y sin experiencia en otra guerra que no fuera la guerra de clases.

No era la primera vez que colaboraban, pues juntos habían fundado *El Machete* diez años atrás. Tampoco sería la última, por desgracia.

Bajo la cobertura de los balazos que tú y Siqueiros disparaban con sus escuadras .45, los obreros, armados de llaves de tuercas y de tubos, se lanzaron contra la infantería fascista, mientras los taxistas lanzaban sus autos contra la caballería. Eran rojos contra dorados, coches contra caballos, el viejo campo idealizado contra la nueva ciudad, real y concreta, el pasado contra el presente. Alguien tomó una foto de un taxi derribando un jinete, una foto que el pintor Alfredo Zalce immortalizó en forma de grabado. Fue una escena caótica y gloriosa, alegórica y terriblemente literal, que parece sacada de un sueño bellísimo con mucho de pesadilla.

Un joven obrero murió atravesado por una bala fascista, el hermano de un ferrocarrilero comunista apellidado Salinas Vela. En compensación, uno de los caballos derribados fue el del general Nicolás Rodríguez, el aspirante a *Führer azteca*. Una vez en el suelo, un obrero rojo lo reconoció mientras huía, lo alcanzó y logró clavarle un puñal en el vientre. No lo mató, pero lo dejó incapacitado para dirigir a sus tropas, al menos por ese día. Ante la baja de Rodríguez, los Camisas Doradas, huérfanos y rodeados, resolvieron retirarse. Era la victoria.

Al poco tiempo, el presidente Cárdenas logró imponerse sobre sus enemigos y decretó la disolución de los Camisas Doradas y otras bandas reaccionarias. A los valien-

tes fascistas mexicanos les bastó el decreto presidencial para disolverse sin dejar rastro. Calles tomó un avión al exilio estadounidense, llevándose consigo un ejemplar de *Mi lucha*, para leer durante el vuelo. En adelante habría muchos fascistas mexicanos más o menos platónicos, pero el tiempo de sus desfiles armados había terminado.

La historia tuvo un epílogo triste. Seis meses después de su derrota del Zócalo, los Camisas Doradas realizaron su último atentado. Ametrallaron desde un automóvil a Ismael, el camarada que te había acompañado en la incursión nocturna, matándolo al instante.

Pedradas en la “esquina de la información”

En *El cardenismo, una utopía mexicana*, Adolfo Gilly te atribuye una participación directa en la Guerra Civil Española como brigadista internacional. Esa guerra fue ciertamente tu guerra, la llevabas en la sangre roja y canaria. Hasta donde sé, sin embargo, no la peleaste sobre el terreno. Hasta donde sé, tu función fue hacer equipo con la escritora comunista Consuelo Uranga y buscar entre el Ejército Mexicano voluntarios para ir a luchar a España.

En cierto modo, sin embargo, sí peleaste una batalla, pero a tu estilo: no de fusiles y cañones sino de piedras, consignas, tinta y papel.

La tarde del miércoles 5 de abril de 1939 se celebró en el Hemiciclo a Juárez un mitin de solidaridad con la asediada República Española. Llovía un poco: no lo suficiente para dispersar a los congregados, pero acaso sí para ponerlos de mal humor.

Para ese punto, la guerra española estaba casi perdida. Ustedes, estalinistas de hueso colorado, atribuían la derrota

a la indisciplina de los trotskistas (reales o supuestos, pues ustedes llamaban “trotskista” a todo izquierdista disidente) y los anarquistas españoles, que habían dividido el frente, insistiendo en sus reivindicaciones de clase sin esperar la derrota a Franco. (Ellos, a su vez, o mejor dicho, *nosotros*, los culpamos a ustedes de la derrota por haber reprimido a lo mejor de la clase obrera española para defender la propiedad burguesa, sin saber que reprimían la única defensa que la República podía oponerle al franquismo). Pero no entremos en polémica. No por el momento.

El hecho es que para abril de 1939 los voluntarios internacionales que no habían muerto en batalla habían vuelto a sus países de origen sabiendo que no dejaban atrás más que una derrota inminente. Tu viejo camarada, el pintor Siqueiros y sus amigos más próximos se hallaban de vuelta en México, con el aura heroica de haber participado en la guerra. Por eso eran oradores obligados en mítines como ése.

No quedaba mucho que hacer. Pero quedaba un residuo considerable de rabia y frustración.

Tu nombre, Gómez Lorenzo, no figura en la lista de oradores de aquel mitin, pero sin duda estabas presente. Ese día todo el mundo quería apedrear a Franco, a Hitler, a Mussolini. Pero no era posible. En cambio, era posible apedrear a los grandes periódicos conservadores, que habían contribuido a la derrota con su neutralidad cómplice. Así, el mitin devino marcha, y la marcha se dirigió a la esquina de Reforma y Bucareli, a pocas cuadras de ahí. Entonces comenzaron a volar las piedras, destrozando las ventanas de la prensa reaccionaria. En sus memorias, Siqueiros dice que él y tú intentaron detener la lluvia de piedras, pero el *Coronelazo* no es precisamente un modelo de veracidad, y a mí me tienta

ver en aquella violencia contra los medios de comunicación burgueses algo de tu estilo, Gómez Lorenzo: la obsesión por darle voz a los trabajadores, pero también de recurrir a la materialidad del músculo, el metal y la piedra, para acallar la voz omnipresente de los explotadores.

En plena lapidación, un policía subió al techo del autobús desde donde hablaba Siqueiros (¿intentando calmar a los apedreadores o animándolos a afinar la puntería?), que en medio de la euforia y sin esperar a ser arrestado, noqueó al agente de un puñetazo. Lugo desenfundó la infaltable pistola y dio dos tiros al aire. La gente dirigió las piedras contra los demás agentes, hiriendo a tres más, pero eventualmente hubo que ceder y Siqueiros fue arrestado ahí mismo. Para entonces ya no les quedaban ventanas enteras ni al *Excélsior* ni al *Universal*.

Esta vez, el turno de vengarse le tocó al enemigo. En los periódicos del día siguiente, los hechos de aquella tarde aparecieron bajo la conocida luz del anticomunismo profesional. El policía noqueado era un valiente funcionario público, un padre de familia ejemplar, etcétera; Siqueiros, en cambio, un energúmeno incapaz de expresarse con coherencia. Tú eras un agitador extranjero, un “afro canario” (¿?) que vivía como aviador cobrando un jugoso sueldo de la Secretaría de Obras Públicas.

Lo cierto es que el ataque de la prensa burguesa nunca viene solo. Siempre sirve para preparar la crítica de las armas. Así pues, la policía, incluso tratándose de la policía cardenista, tuvo que obedecer al mandato de la opinión pública, esa señora tan dada al escándalo, y te arrestó ese mismo jueves. Después de pasar una noche detenido, al día siguiente te dejaron ir, cuando tus amigos lograron reunir los 300 pesos de la

fianza. La de Siqueiros fue de 500 pesos, pero él pudo pagarlos de su bolsillo.

A fin de cuentas, en el movimiento obrero había unos cientos de pesos. Pero la prensa reaccionaria había perdido sus ventanas. Notablemente, en su edición del 7 de abril de 2014 (leyó usted bien: 2014), el *Excélsior* reimprimió una pequeña nota conmemorando la lapidación de la que fueron víctima sus instalaciones 75 años atrás:

“Cuatro policías al cumplir con su deber resultaron lesionados por un grupo de comunistas que, azuzados por David Alfaro Siqueiros y Rosendo Gómez Lorenzo, lapidaron y rompieron los vidrios de las ventanas de los periódicos *Excélsior*, *El Universal* y otro diario. Esto provocó protestas. Muchos comités censuraron tales actos pues, argumentan que esta horda es encabezada por el comunismo extranjero, y sus integrantes se han convertido en fieles intrusos de los asuntos políticos de nuestro país”.³

Antes de pasar a tu última aventura, la más desafortunada, repasemos tu biografía, a través de algunas de las personas extraordinarias que constituyeron tu mundo.

3. *Excélsior*, 7 de abril de 2014.

II

UN MUNDO DE PERSONAJES ENTRAÑABLES

El padre masón

Don Luis Felipe Gómez Wagüemert era un hombre del '98 en el sentido más literal del término: había peleado en el bando español de la guerra de Cuba y presenciado el desmoronamiento del imperio desde la primera fila. Había sido un soldado eficaz, pero atípico: un invasor capaz de enamorarse del país enemigo. Heredero de una cultura liberal, su experiencia cubana le había confirmado la convicción de que había que transformar a España de acuerdo a los valores del racionalismo ilustrado.

Nacido de los llanos de Aridane, situados al oeste de la Isla de Tenerife, en las Canarias, don Luis Felipe reunió en su torrente sanguíneo los ingredientes del coctel que legaría a sus hijos: rebeldía política, acción militar y devoción por la musa plebeya del periodismo.

No es demasiado tarde para informar que tú, Rosendo, también naciste en las Canarias, aunque no en Aridane sino en La Palma, la más occidental de las islas. Naciste el 30 de abril de 1902, siendo el segundo hijo de don Luis Felipe y de doña Dolores Lorenzo Martín. ¿Recuerdas a tu padre? Debió ser un tipo culto y conversador (por alguna razón, lo imagino masticando un apestoso puro de tabaco canario). ¿Le gustaba conversar con los niños? ¿Fue él quien te habló de la Ilustración, de la Revolución Francesa y del obstáculo que

constituían para el desarrollo de Canarias los curas oscurantistas y los nobles parásitos?

Cuando tú tenías dos años, tu padre fundó un periódico progresista, *Germinal*, y cuando tenías ocho viajó a Madrid para participar en una campaña de prensa en contra del gobierno reaccionario de Maura, dejándolos a ti, a tu hermano mayor, Luis y a tu hermana menor, Remedios, al cuidado de la abnegada doña Dolores. En la capital peninsular don Luis Felipe cobró fama de rebelde, pero no logró influir sobre el gobierno.

El fracaso de su campaña madrileña debió convencerlo de la necesidad de emigrar: España no estaba avanzando tan rápido como para integrar a alguien como él a sus cuadros administrativos o intelectuales. Quizá por eso, o quizá por la incurable nostalgia con la que Cuba enferma a ciertos espíritus afines, en junio de 1914 se embarcó junto con sus tres hijos para establecerse del otro lado del Atlántico.

Hay un punto oscuro que ensombrece mi conocimiento de tu familia, Rosendo: tu madre, doña Dolores Lorenzo Martín. Sabemos que nació en 1875, hija de una vieja familia canaria, y nada más. Los únicos datos de su biografía son los tres hijos que dio a luz: tu hermano mayor, Luis, tu hermana menor, Remedios, y tú. ¿Es posible que muriera en el tercero de estos partos? ¿Viajó con ustedes a Cuba? Páginas íntimas borradas por la muerte. Historias perdidas con el paso de las generaciones.

En cambio, la vida y obra de tu padre están bien documentadas. Sabemos que su pensamiento político no dejó de radicalizarse del otro lado del Atlántico. Fue en Cuba donde se integró a las sociedades de independentistas canarios, y donde su rebeldía política empezó a tomar coloración social.

¿Su arma de elección? La prensa, desde luego. En 1924 fundó *El Guanche* y dos años después *Patria Isleña*, ambos órganos auspiciados por el Partido Nacionalista Canario en el exilio. En ellos don Luis Felipe publicaba versos nacionalistas como los siguientes:

Contra la resignación
se rebela el corazón;
inútil es que se afane
lanzando al destino agravios.
¡No volverás a mis labios,
agua fresca de Aridane!⁴

Pero nos estamos adelantando. Para ese punto, tú, el protagonista de esta historia, ya no estabas ahí para leer los versos nostálgicos de tu padre. Volvamos al año 1918 o 1919, cuando tu sangre aventurera, insatisfecha con las aventuras familiares, te exigió empresas propias del otro lado del mar. Por eso, a los 17 te despediste de tu familia para siempre y te embarcaste nuevamente, esta vez solo y con destino a México. ¿Por qué? ¿Algo en nuestro país purificado por la guerra te atrajo al punto de separarte de tu familia? ¿O bien la separación fue un fin y México el pretexto? ¿Realmente ibas solo? El hecho es que en Cuba se quedaron tu padre y tus hermanos, que escribirían sus propias páginas revolucionarias, algunas de ellas francamente heroicas.

Por ahora tenemos que seguirte al otro lado del Golfo.

La joven guardia

Desde 1918, habían empezado a llegar a México noticias de la Revolución de Octubre rusa, que no sólo había sacado al país

4. Citado en Paz: 1991. Tomo 1, p. 37.

más vasto del mundo de la carnicería de la Guerra Mundial, sino que también había sacado a la revolución obrera del reino de la teoría para hacerla realidad de carne y hueso. Lenin y Trotsky convocaban al proletariado del mundo a cerrar filas en torno a una nueva Internacional, esta vez decididamente revolucionaria, mientras combatían con inesperado éxito la intervención de todas las potencias imperialistas que deseaban restaurar su yugo en suelo ruso.

A falta de una tradición socialista en suelo mexicano, fue la inspiración de Octubre lo que unió en la práctica a los obreros que despertaban a la organización sindical con los jóvenes viajeros que pasaban por México huyendo de sus respectivos opresores económicos o políticos.

En ese ambiente conociste a otros jóvenes rebeldes aproximadamente de tu misma edad, como el intelectual sinaloense de 21 años, José Cayetano Valadés, el zapatero sonorense de 19 Rafael Carrillo Azpeitia, y el hijo de 23 años de un rico joyero suizo, Alfredo Stirner (llamado en realidad Edgar Woog), todos ellos animados simultáneamente por el ejemplo de Octubre y por el ascenso de la lucha obrera en el Valle de México. ¿Dónde los conociste exactamente? ¿Qué te llevó a confiar en ellos?

Sabemos que Valadés y Stirner vivían como hijos de familia, en casas relativamente acomodadas. Carrillo no tenía domicilio fijo y pasaba largos periodos compartiendo el cuarto de Valadés. Pero, ¿Y tú? ¿dónde vivías? ¿estudiabas? ¿vivías del dinero que tu familia te enviaba desde Cuba? Interrogamos a las memorias de Valadés y nada nos responden.

El 22 agosto de 1920, unos 25 jóvenes, hombres y mujeres, bajo la dirección de ustedes cuatro, se reunieron en el local del sindicato panadero para fundar la Federación de Jóvenes

Comunistas de México. Su manifiesto, redactado probablemente por Valadés y Stirner, declaraba sin ambages que su propósito era “destruir por la acción revolucionaria el actual Estado burgués capitalista, usando como medio transitorio la dictadura del proletariado ejercida por los soviets (consejos de campesinos, obreros y soldados), para llegar a la sociedad comunista”.

Es cierto que un pequeño Partido Comunista Mexicano había sido fundado formalmente en noviembre de 1919. Sin embargo, a lo largo de 1920 y 1921 el desplazamiento político de algunos de sus cuadros a favor del obregonismo triunfante y el desplazamiento geográfico de otros, debido tanto a las deportaciones como a misiones políticas en otros países, había bastado para desorganizarlo en olas sucesivas.

Ante ese panorama, a mediados de 1921, fue la Juventud Comunista, dirigida entre otros por ti, quien tomó a su cargo la reorganización del PCM. Para ello se eligió un comité para organizar un Primer Congreso del Partido, quedando tú encargado de coordinar la correspondencia. Cuando finalmente se celebró el congreso, en los últimos días del año, éste reconoció formalmente y sin ambigüedad que el Partido sólo podría reconstruirse usando a los cuadros de la Juventud Comunista. Excepto por el veracruzano Manuel Díaz Ramírez (treintañero veterano del sindicalismo revolucionario estadounidense), todos los cuadros dirigentes provenían de la juventud. Literalmente, fue una transfusión urgente de sangre joven. Así, los azares de la política te habían lanzado, a tus 19 años de edad y con menos de dos años de haber llegado a México, prácticamente a la cima del movimiento comunista mexicano.

En esa época, Valadés escribió un folleto titulado *Revolución social o motín político*, el documento programáti-

co más original del comunismo mexicano de aquella época. Según las memorias del autor, tú, Gómez Lorenzo —cuyas “buenas letras” siempre reconoció—, le ayudaste a corregirlo. En el documento había una sola idea clara: las luchas entre los generales burgueses no eran asunto del proletariado, que debía desarrollar su propia política independiente.

Eran pocos los libros marxistas accesibles en México, y los cuadros se educaban meramente en la práctica de la lucha social, apenas complementada con los folletos (ricos en lecciones, pero fragmentarios) de Lenin, Trotsky, Zinóviev y Bujarin, que el propio partido editaba.

En la primavera 1922, la huelga inquilinaria te dio tu primera experiencia de periodismo de combate, pues te nombraron secretario de prensa y propaganda del sindicato inquilinario. ¿Pediste ser nombrado para ese puesto? ¿estabas consciente de tu inclinación periodística, o fue por el contrario ese nombramiento lo que te reveló tu vocación? En julio del año siguiente, el Comité Nacional Ejecutivo del PCM resolvió nombrarte Secretario Nacional del Partido, formalmente el puesto más alto de la organización comunista. Tenías 21 años.

Durante el año que duraste en el puesto, tu gestión frente al comunismo mexicano distó mucho de ser brillante. Si he de serte franco, fue más bien desastrosa. Ni tú ni tus camaradas estaban preparados para enfrentar los desafíos políticos que se presentaron en ese año clave.

Conforme se acercaba el fin del periodo presidencial de Álvaro Obregón (en esa época los periodos duraban cuatro años), empezó a desarrollarse la rivalidad entre sus dos posibles sucesores: Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta. Ambos eran políticos astutos y ambos buscaron apoyarse en sectores del movimiento de masas, creando una situación

bastante confusa para los inexpertos comunistas mexicanos. A esto se sumó una intervención totalmente desorientadora del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, que en agosto envió una extensa carta argumentando a favor de que el PCM apoyara en las elecciones a Calles, aunque “sin entusiasmo”.⁵

Hasta donde sabemos, ningún militante mexicano escribió un solo documento cuestionando estas instrucciones. ¿No eras tú secretario nacional del Partido? ¿No habías ayudado a redactar *Revolución social o motín político*, donde se descartaba todo apoyo a cualquier pretendiente burgués? Quizá la autoridad de la Internacional pesó demasiado frente a tu inexperiencia, quizá te faltó audacia intelectual, quizá simplemente les dio una justificación a su impulso de integrarse al mundo de la gran política nacional. Lo cierto es que tú y tus camaradas no sólo obedecieron la recomendación, de por sí equivocada desde el punto de vista de la independencia de clase, sino que la interpretaron de la peor manera posible: como la orden de apoyar a Calles acríticamente.

Para finales de 1923, cuando quedó claro que Calles sería el sucesor oficial, el desesperado De la Huerta intentó dar un golpe de estado movilizand o fuerzas reaccionarias en varios estados del país. Ante la coyuntura, tú no lograste coordinar ni administrativa ni políticamente a los diferentes locales del PCM, y cada uno actuó a su manera: unos se integraron al ejército callista, otros comenzaron una resistencia independiente y otros más se mantuvieron indiferentes.

5. Esta histórica carta merece una explicación. Aunque sin duda refleja un momento de grave desorientación teórica por parte de la Internacional, entonces dirigida por G. Zinóviev, especialmente con respecto al mundo “colonial”, sólo puede entenderse cabalmente si se considera que entonces se hallaban en Moscú, asesorando a la Internacional en calidad de expertos, cuadros del PCM de inclinaciones particularmente acomodaticias, como Rafael Carrillo Azpeitia, Alfred Stirner y el líder campesino Úrsulo Galván.

Para cuando la intentona fue sofocada a principios de 1924, el PCM se había convertido en un apéndice de izquierda del bloque oficialista. Así, cuando el 8 de febrero el PCM, bajo tu dirección, organizó un acto luctuoso en memoria del recién fallecido Lenin, no sólo decidió mezclarlo con un homenaje póstumo al mártir socialista yucateco Felipe Carrillo Puerto, sino que invitó a participar como orador al líder de la CROM, Luis N. Morones, encarnación del sindicalismo oficialista.

A esa falta de personalidad política del partido se sumaba una crisis financiera que impedía al PCM sostener un órgano de prensa en el cual publicar sus propias perspectivas con regularidad.

El apoyo del diminuto PCM, que no tenía ni siquiera un periódico, pudo haber significado poco para el todopoderoso Calles, pero en cambio significó mucho para la formación de ustedes, los comunistas. La independencia política de la clase obrera dejó de ser un principio inquebrantable. Así, aquella fue la primera vez que el PCM apoyaría al candidato oficial del capitalismo mexicano, con el pretexto de defender el “ala progresista de la burguesía”, pero no sería la última. Muchos años después, el partido apoyaría también a Ávila Camacho en 1940, y a Miguel Alemán en 1946, así como a infinidad de políticos estatales y locales.

Pero no nos adelantemos. Esto ocurría apenas en 1924, cuando la degeneración de la *Comintern* no hacía más que comenzar. Así que, desde el punto de vista de la ortodoxia comunista, no era difícil darse cuenta de que el partido había ido demasiado lejos en su apoyo a Calles. Aunque la responsabilidad de fondo había sido de la Internacional, resultó más fácil culparte a ti. Así, en la Conferencia Nacional del PCM de mayo de 1924, no sólo fuiste retirado de tu puesto

como Secretario Nacional, sino también del Comité Nacional del Partido. Carrillo Azpeitia, de 21 años, ocupó la Secretaría General.

Tú, afortunadamente, nunca volviste a ocupar la dirección organizativa del Partido, y en adelante pudiste dirigir tus esfuerzos a otros campos más acordes a tu talento:

En esos meses fuiste enviado a asesorar políticamente a los mejores pintores de México en la producción de un periódico, el que sería la obra de tu vida, *El Machete*.

La suegra

Habías llegado a México mirando hacia el futuro, sin preocuparte demasiado de su pasado inmediato. Sin embargo, tu contacto con la Revolución Mexicana —no la revolución proletaria futura, sino la guerra civil que realmente ocurrió justo antes de tu llegada al país— fue directo, sentimental y concreto, pues con tu primer matrimonio la revolución personificada llegó a tu ámbito familiar. Nada más le faltaba el gorro frigio.

Cuando conociste a Laura Mendoza, allá por 1924, ella tenía 29 años y una vida rica en experiencias. Tú tenías apenas 22, pero tampoco quedabas atrás: ya habías vivido en tres países y habías sido secretario nacional del Partido Comunista Mexicano, cierto que sin demasiada fortuna.

Ella había nacido en un yacimiento minero de la Sierra Mojada, en Coahuila. Su padre, Cirilo Mendoza, había sido un minero que murió de congestión alcohólica cuando ella era niña. Pero la interesante, la que dejó su marca en la historia y una trayectoria sembrada de datos, fue su madre, la indómita Juana Belén Gutiérrez de Mendoza.

Hablemos, pues, de tu señora suegra.

Descendiente de la tribu de los caxcanes, doña Juana había aprendido a leer para hacer periodismo revolucionario desde 1901 (sí, desde antes de que tú nacieras). Y así había pasado la última década del porfirismo, huyendo de la policía de Ciudad en ciudad y cruzándose ocasionalmente con los hermanos Flores Magón y otros personajes por el estilo: colaborando y chocando con ellos, como le cuadra a los espíritus independientes.

En 1911 fue a dar, con todo y sus hijas, por suerte y por afinidad, al Morelos zapatista, donde se puso a las órdenes del Ejército Libertador del Sur. Haciendo labores de espionaje en la ciudad de México, en septiembre de 1913 fue descubierta por la policía huertista y tuvo que pasar varios meses presa, hasta que la caída del usurpador la liberó.

De vuelta en Morelos restableció contacto un joven que había conocido en tiempos del levantamiento maderista y que había llegado a representar el ala izquierda del zapatismo, la más vinculada a la clase obrera urbana: el joven tipógrafo zacatecano Santiago Orozco. Parece ser que doña Juana llegó a querer mucho al joven general, hasta el punto de adoptarlo como hijo. Pero si el amor de doña Juana por Santiago Orozco fue maternal, el amor de su hija Laura no tuvo nada de fraterno. Así que el 28 de agosto de 1914 los dos jóvenes decidieron casarse en una ceremonia civil sin la menor referencia religiosa, presidida por el intelectual agrarista Antonio Díaz Soto y Gama. En los siguientes meses, Orozco fundó la poco estudiada Brigada Roja “Emiliano Zapata” del Ejército Libertador del Sur.

Por desgracia, un año después de la boda libertaria, Cuautla cayó en manos de los carrancistas, que capturaron a Orozco y lo fusilaron por “apología del delito”, es decir, por

hacer propaganda a favor de Zapata y en contra de la propiedad privada.

Tras la derrota del zapatismo en 1917-19, madre e hija (ambas viudas) volvieron a establecerse en la ciudad de México. Ahí doña Juana fundó una de las primeras agrupaciones feministas del país, junto con las maestras Elena Torres, Estela Carrasco y Refugio García. Pronto, sin embargo, las tres jóvenes maestras decidieron hacer a un lado a su mentora y unirse al recién fundado Partido Comunista Mexicano.

Entonces doña Juana volvió a Morelos, donde intentó fundar en la ex hacienda de Temixco una especie de comuna anarquista (a la que dio el nombre de su hijo adoptivo y yerno inmolado, Santiago Orozco), pero fracasó por falta de fondos en diciembre de 1922. Entonces la incasable mujer se lanzó de lleno a la campaña de enseñanza vasconcelista, que la envió a alfabetizar indígenas a Zacatecas. Pero la experiencia de las misiones educativas le dejó un sabor de boca amargo: se dio cuenta de que, en el proyecto educativo oficial, educar a los indígenas significaba españolizarlos: no sólo enseñarles conocimientos nuevos, sino también arrebatárles sus conocimientos propios. Así que renunció al proyecto, volvió a la Ciudad de México y comenzó a desarrollar un organización indigenista radical, nombrada en honor de la tribu de sus antepasados: los caxanes.

En esa época, quizá por influencia de su hija Laura, decidió darle una segunda oportunidad al famoso Partido Comunista y, no sin cierta reticencia, empezó a asistir a las reuniones del Sindicato de Pintores y su nuevo periódico, *El Machete*.

En las memorias de Siqueiros aparece una anécdota que revela tanto la personalidad de la veterana revolucionaria como su relación con los jóvenes comunistas: el día que

la anciana zapatista conoció a José Clemente Orozco en las oficinas de *El Machete*, ella presentó su proyecto político declarando que pensaba expulsar a todos los criollos de México, a lo que Orozco respondió que era una estupidez. Entonces la pequeña pero imbatible doña Juana se lanzó sobre el pintor y le propinó una inesperada golpiza sin que los demás presentes pudieran detenerla.

Fue en esa época cuando su biografía se cruzó con la tuya.

Mientras la indómita revolucionaria discutía a gritos y bofetadas con los pintores, su hija Laura se percató del apuesto redactor canario que corregía silenciosamente las pruebas del periódico. Así fue que ese mismo año tú te convertiste en su segundo marido y ella en tu primera mujer.

¿Qué discusiones habrán tenido lugar en la mesa familiar entre tu suegra —indigenista radical, feminista y anarquizante— y tú, que no sólo eras funcionario comunista, sino también extranjero (español, nada menos)? ¿Cuánto encanto tuviste que desplegar para ser aceptado en su casa, si es que alguna vez lo fuiste?

El hecho es que en 1924 Laura y tú tuvieron su primera hija, Gloria, y dos años después la segunda, Andrea. Nacida entre los mejores artistas militantes de México, Andrea Gómez Mendoza llegaría a ser ella misma una de las mejores artistas militantes de su generación.

Pero tú, su padre, su camarada y su mentor político, no serías una figura muy presente en su infancia. Tu matrimonio con Laura terminó poco después de su nacimiento. En 1929 los comunistas se vieron obligados a pasar a la clandestinidad, afectando necesariamente sus lazos familiares. En 1932 caíste preso y fuiste deportado a las Islas Marías. En

ese contexto, Laura se mudó con su madre y tus dos hijas a Morelia, donde según parece llevaron una vida bastante ardua. En 1941, tu hija mayor, Gloria, moriría de una tifoidea mal atendida, antes de haber cumplido los 17 años. Su abuela, la indomable doña Juana, que había sobrevivido a los ejércitos de Díaz, Madero, Huerta y Carranza, murió de tristeza a los pocos meses.

El cubano

Estabas una tarde con la fotógrafa Tina Modotti en la redacción de *El Machete*, allá en la segunda planta de la casona de Mesones —le estabas ayudando a traducir un artículo de la prensa comunista italiana para imprimirlo en México— cuando de pronto apareció en la puerta Julio Antonio, impetuoso como siempre, para preguntarte algo. A la mitad de la pregunta, el recién llegado notó la presencia de Tina y se quedó sin aliento. No pudo decir nada más.

Entonces tú hiciste la presentación de rigor: “Tina, Julio Antonio. Julio Antonio, Tina”. Pero algo había cambiado en el ambiente, algo que tu instinto de periodista percibió al instante.

En esa época Tina era novia del pintor Xavier Guerrero. Él la había reclutado al comunismo, pero en esos meses se hallaba ausente, realizando alguna misión política en la URSS. Julio Antonio, por su parte, había dejado una esposa en Cuba. Una tristeza, porque el flechazo mutuo entre la italiana y el cubano había sido hermoso y evidente. Como ninguno de los dos se iba a atrever a dar un paso, te tocó a ti invitarlos a ambos a un café de chinos de la calle Bolívar para romper el hielo. A partir de ahí, gracias a tu intervención, nació uno de los romances más legendarios del movimiento comunista mexicano y mundial.

Desde su llegada a México en 1926, hasta su asesinato en enero de 1929, Julio Antonio Mella, joven de tu misma edad, fue uno de tus mejores amigos. El día de su muerte, acababa de encontrarte en un local sindical, donde le diste las pruebas del último número de *El Machete*, que llevaba bajo el brazo cuando fue abatido en la calle.

Un día, por casualidad, supo quién era tu padre:

—¡Ah, con que tú eres hijo del viejo Wagüemert! ¡Yo quiero mucho a ese viejo!

Antes de llegar a México, Mella había protagonizado una dramática huelga de hambre que lo había dejado inconsciente. Según te contó, lo primero que vio al recobrar la consciencia fue la silueta del viejo Luis Felipe Gómez Wagüemert, que le dijo: “Yo tengo en México un hijo que anda también en estas luchas; es posible que algún día lo conozcas”.

Aunque habías estado editando *El Machete* desde su fundación en 1924, no fue sino hasta la V Conferencia Nacional del PCM, celebrada en abril de 1928, cuando te nombraron formalmente editor del periódico. Se conserva una fotografía de aquella conferencia en la que aparece toda la plana mayor del comunismo mexicano. Semejante fotografía hubiera sido impensable en las condiciones de clandestinidad de los años que vinieron después. La imagen da una idea bastante exacta del aspecto que presentaba el Partido en esa época: dominan los hombres con corbata, pero no faltan las mujeres ni los overoles de obreros. Entre los presentes hay varios célebres: tu viejo amigo, Rafael Carrillo Azpeitia, entonces secretario general, Manuel Díaz Ramírez, Valentín Campa, Hernán Laborde, Julio Gómez, Miguel Ángel Velasco, la Cuca García, Elías Barrios, Roberto Reyes Pérez, Jorge Fernández Anaya, Luz Ardizana, Vitorio Vidali y el futuro trotskista Rosalío Negrete, que entonces coordinaba las Juventudes Comunistas.

Mella no aparece, pues se encontraba representando al PCM en una conferencia sindical en Montevideo. Siqueiros tampoco, pues se hallaba en Moscú, representando a los mineros de Jalisco en un congreso de la Internacional Sindical Roja. Tina tampoco aparece, pues fue quien tomó la fotografía.

Tú, que entonces tenías 26 años, apareces en una esquina, lejos de la primera fila. Alto, apuesto, de frente amplia y quijada poderosa, con camisa de color, saco gris, lentes y corbata de intelectual.

De esa época recuerda Julio Gómez (Rosolsky), quien en esa misma reunión fue nombrado secretario de organización del Partido:

“...con Rosendo Gómez Lorenzo alquilábamos juntos un cuarto porque nuestros ingresos eran muy reducidos. Vivimos más de un año juntos, alquilamos un departamento de dos cuartos. Uno estaba ocupado por Rafael [Carrillo Azpeitia], su compañera y su hijo, y el otro cuarto ocupado por Rosendo y por mí. Con Rosendo trabajaba hasta pasadas las dos de la madrugada y nos levantábamos a las cuatro o cinco de la mañana para seguir trabajando.”⁶

Tras su asesinato a manos de los pistoleros del dictador Machado, las cenizas de Mella se convirtieron en una prenda de discordia. No bien habían salido del crematorio, ustedes, sus camaradas, tuvieron que defenderlas de un intento de la policía y el cuerpo de bomberos de confiscarlas. En la reyerta, un bombero golpeó con el mango de su hacha a la camarada Luz Ardizana, tomándola por un hombre debido a su peinado a la *garçon*. Tú no pudiste tolerar la afrenta y derribaste al

6. Citado en Ibarra, 1986.

bombero de un golpe en la cabeza. El relieve de su casco se te quedó marcado en el puño.

Todos los camaradas reconocían los méritos de Mella como orador, activista y periodista revolucionario. Pero es falso que todos lo quisieran, como afirma la leyenda partidista. Siempre fue un comunista independiente de temperamento polémico. Había chocado varias veces con el aparato dirigente de los partidos comunistas cubano y mexicano, y en algún momento había enfrentado la expulsión de ambos. Aunque no se sabe hasta qué punto, es seguro que compartía varias tesis de la anatemizada Oposición de Izquierda. Lo cierto es que su asesinato privó al comunismo latinoamericano de una voz independiente y crítica que hubiera podido oponer una resistencia clave a la subsecuente estalinización del movimiento.

Tú, por desgracia, estabas hecho de otro material.

La esposa doctora

Tras tu regreso de las Islas Marías en 1934, hallaste empleo como jefe de redacción de la revista *Todo*, propiedad del veterano carrancista Félix Palavicini. Al viejo no le gustaban los comunistas, de manera que tuviste que mostrar todo tu talento para conseguir y conservar una posición tan importante en su revista. El escritor Juan de la Cabada cuenta que conseguiste publicarle (y pagarle) algunos de sus primeros cuentos bajo pseudónimo, pues Palavicini no hubiera aceptado publicar nada firmado por él.

Tu empleo en la revista *Todo* coincidió con el inicio del cardenismo y del auge de la organización sindical favorecida por el gobierno. Por eso pudiste convertirte en dirigente de la sección de redactores del sindicato de prensa. Aquella fue la época de tu incursión en el local de los Camisas Doradas y de la batalla del Zócalo.

En esa época también te casaste por segunda vez, ahora con Esther Chapa Tijerina, otro de los personajes entrañables que constituyeron tu mundo.

Chapa había nacido en Tampico en 1904 y se había mudado a la Ciudad de México para estudiar la preparatoria y después la carrera de medicina. A los 24 años se convirtió en la primera mujer en la historia del país en obtener una cátedra por oposición en la Facultad de Medicina. Ese año se casó con un colega, el doctor Ismael Cosío Villegas (hermano del célebre historiador), con quien tuvo un hijo llamado Raúl. Sin embargo, el matrimonio duró poco y en 1931 se divorciaron.

En 1932, cuando tú, Rosendo, te hallabas en camino a tu deportación en las Islas Marías, ella se aproximó al Partido Comunista ilegalizado a través del movimiento femenino.

Se conserva una fotografía suya de esa época. Ojos claros e inteligentes, labios delgados, quijada poderosa y no precisamente femenina. Una belleza fincada en la fuerza. No muy distinta a la tuya. Dos comunistas física y espiritualmente fuertes. Se conocieron en la militancia, pero ¿dónde, cómo?

En 1935, año en que tú dirigiste la carga de los taxis, ella participó en la fundación del Frente Único Pro Derechos de la Mujer (FUPDM) y en 1937 asumió la Presidencia del Consejo Nacional del Sufragio Femenino. En esa época inició la costumbre de escribir cada año una carta al Congreso de la Unión, exigiéndole que extendiera el derecho al sufragio a las mujeres, costumbre que mantuvo puntualmente hasta que el voto se extendió efectivamente a las mujeres en 1954.

A mediados de los años treinta, su prestigio profesional se tradujo en invitaciones a coloquios de discusión pública en torno a problemas médicos y sociales (como el VII Congreso Panamericano del Niño de 1935 y el Congreso

Contra la Prostitución de 1936), en los que presentó ponencias cargadas de crítica marxista.

Hacia 1940 o 1941 su matrimonio terminó. Ignoro las causas, pero las fechas corresponden a una profunda crisis política y personal que cambió tu vida para siempre. En esas fechas te separaste de la militancia formal en el PCM por motivos oscuros. En esas fechas también murió tu hija Gloria.

Esther, en cambio, siguió militando en el partido y cosechando triunfos profesionales. Después del cardenismo, el PCM la asignó a trabajar en los frentes femeninos del Partido oficial y la alentó a que asumiera diversas funciones en la administración pública. Así, en el sexenio de Ruiz Cortinez fue jefa de Prevención Social de la Penitenciaría Federal y desde ese puesto dirigió en 1954 la fundación de la cárcel de mujeres de Santa Martha Acatitla.

En 1953 estuvo entre los fundadores de la Sociedad Mexicana de Amistad con la China Popular y en los siguientes años viajó varias veces al país asiático, donde recibió la influencia política del maoísmo. Al recrudecerse la pugna sino-soviética a principios de los años sesenta, no sólo argumentó en el interior del PCM por el bando chino, sino que también defendió la estrategia maoísta de la “guerra popular prolongada” para México, por lo que en 1963 fue expulsada del PCM. Al año siguiente fundó su propia versión, esta vez abiertamente maoísta, de la Sociedad Mexicana de Amigos de la China Popular, que presidiría hasta su muerte. Al iniciar este nuevo proyecto político tenía 60 años de edad.

III

LA ÚLTIMA AVENTURA

Pero volvamos a ti, a lo que pasó contigo en el último año del cardenismo, a lo que hicieron de ti, a lo que hiciste.

El enfrentamiento con la derecha no fue sino el lado luminoso de la acción directa que llevaste a cabo. Siempre supe que al poder no bastaba con golpearlo, había que silenciarlo, pero no siempre tuviste claro dónde estaba el poder y dónde la revolución. Para finales de los años treinta, el movimiento comunista internacional priorizaba ya totalmente los intereses diplomáticos de la burocracia soviética por sobre los ideales revolucionarios que le habían dado origen. Por su parte, el PCM llevaba mucho tiempo avanzando por la senda iniciada en 1924 con el apoyo a Calles. Esto se tradujo en la criminal política de la “unidad a toda costa” con la dirección de la CTM, antecedente del charrismo sindical, y poco después en el apoyo directo a los gobiernos capitalistas bajo el pretexto de la “unidad nacional”. Simbólicamente, el 15 de septiembre de 1938, *El Machete* abandonó ese nombre combativo y popular para adoptar el título inocuo y nacionalista de *La voz de México*.

Esta degeneración se tradujo en el uso de la calumnia y la violencia como armas en contra los disidentes al interior del movimiento, así como en una complicidad acrítica con la represión sangrienta de comunistas descontentos que tenía lugar en la URSS. Y no se trataba sólo de principios políticos

más o menos abstractos, sino de personas de carne y hueso. Y no sólo de anónimos comunistas soviéticos o europeos, sino de tus propios camaradas, tus conocidos directos. ¿Vas a decirme que nunca supiste lo que ocurrió con Evelio Vadillo, el que tomó contigo la XEW en 1931? ¿vas a negar que sabías que fue a la URSS como comunista ejemplar y que ahí desapareció por dos décadas en el sistema penitenciario estalinista, acusado de disidencias perfectamente falsas? ¿ignorabas que su caso fue más la norma que la excepción, que miles de comunistas sufrieron la misma suerte? ¿qué me dices de Julio Gómez, el camarada ucraniano con quien compartiste cuarto allá por 1928? ¿tampoco te enteraste de su obviamente injustificado encarcelamiento? ¿tan mal periodista fuiste como para no enterarte? No. La ceguera ante los hechos era ya un signo de una profunda degeneración política y moral que había iniciado mucho tiempo atrás. Siento decírtelo, camarada. Pero en fin, como decía Marx, nuestro punto de vista es el menos adecuado para responsabilizar al individuo de unas relaciones sociales de las cuales él mismo es producto.

Por desgracia para tu hoja de servicio como militante revolucionario, para finales de los años treinta habías perdido la brújula, pero no la fuerza. Ésa fue la época en que León Trotsky llegó exiliado a México.

Como revelaría décadas después Valentín Campa, en esos años el PCM recibió de Moscú la orden secreta de liquidar al fundador del Ejército Rojo. Dado que los dirigentes de entonces, Hernán Laborde y el propio Campa, vacilaron en cumplir la orden por no molestar al gobierno de Cárdenas, los dos fueron expulsados y remplazados por cuadros todavía más dóciles. Tu viejo camarada Rafael Carrillo Azpeitia, con quien fundaste la Juventud Comunista allá por 1921, trató

de mantener la cabeza baja y evitar la purga, pero igual compartiría su suerte a los pocos meses.

No bien llegó la orden, te separaste formalmente del PCM en circunstancias que se mantienen oscuras. Lo más probable es que el partido decidiera utilizar tus talentos de maneras inconfesables, para lo cual eras más útil como simpatizante externo. Otro tanto ocurrió con Siqueiros. El hecho es que en mayo de 1940, tú, Rosendo Gómez Lorenzo, coordinaste la logística del atentado criminal que llevaron a cabo Siqueiros y otros miembros oficiales y oficiosos del PCM contra Trotsky. La madrugada del 24 de mayo, varios hombres con uniformes de policías se presentaron en la casona de Coyoacán y desarmaron a los voluntarios que guardaban la puerta. Entonces treparon a la barda y desde ahí ametrallaron las habitaciones donde dormían Trotsky, su esposa y su nieto de nueve años, para después arrojar una bomba incendiaria. El famoso refugiado salió ileso, pues él y su esposa alcanzaron a refugiarse bajo la cama, pero su nieto recibió un balazo en un pie. Los asaltantes huyeron llevándose dos automóviles y a uno de los guardias voluntarios, el americano de 25 años, Robert Sheldon Harte, al que posteriormente asesinaron.

No fue una batalla, sino un atentado. Los asaltantes no sufrieron una sola baja.

La policía mexicana no tardó en descubrir que habías participado en la organización del atentado, por lo que te arrestó nuevamente. El escándalo mediático que resultó del asalto envolvió al PCM, que en un primer momento intentó deslindarse de ustedes, los asaltantes, llamándolos “provocadores irresponsables”... para después asumir su defensa. Así, a lo largo del mes de junio de 1940, al igual que hizo con Siqueiros, el PCM emitió declaraciones contradictorias res-

pecto a sus relaciones contigo. Como lo denunció el propio Trotsky:

“Las mismas cónicas contradicciones, en menor escala, se descubren en las relaciones del Partido Comunista con el señor Rosendo Gómez Lorenzo. Según la prensa del día 19 de junio, “sobre Rosendo Lorenzo, dice [el dirigente del PCM Serrano Andonegui] saber que está expulsado del Partido por ciertas maniobras fraudulentas”. *La Voz de México* repite la misma versión que caracteriza a Lorenzo como un simple ladrón que se apropió dinero recolectado para el partido”.

“Más tarde, el 23 de junio, creyendo seguramente que la participación de Lorenzo no estaba probada, y considerando que tal vez podría necesitar de él, *La voz de México* escribe diferentemente:”

“Igual saña se ha manifestado contra el periodista Rosendo Gómez Lorenzo, a quien odian con miserable resentimiento los periodistas sin honor por su posición en favor de las fuerzas revolucionarias”.

“¡Declarado ayer ladrón, excluido del partido, hoy aparece como mártir de la idea revolucionaria!”⁷

Lo cierto es que el PCM encargó a uno de sus dirigentes, el abogado Mario Pavón Flores, la defensa legal de todos los detenidos, que no tardaron en ser liberados. Es significativo que los militantes que habían cumplido sentencias de prisión de años sólo por afirmar su derecho a distribuir propaganda comunista, purgaron en cambio penas de unas cuantas semanas por el homicidio del joven Sheldon Harte y el intento de homicidio de Trotsky y su familia. El principal responsable del

7. Trotsky: 1940 p. 130.

atentado, tu camarada Siqueiros, simplemente tuvo que pasar un tiempo en Chile (en cambio, cuando en 1960 habló mal del presidente, purgó una condena de cuatro años).

Tristemente, con el intento fallido de matar al hombre que había organizado la insurrección de Octubre, redactado el manifiesto de fundación de la *Comintern* y dirigido al Ejército Rojo en la Guerra Civil rusa, terminaron tus aventuras al servicio del movimiento comunista. Aunque no lo supieras, tu último golpe tenía como fin destruir la memoria viviente de todo aquello que había hecho de ti un comunista.

El hecho es que a partir de entonces abandonaste la militancia formal en el partido, aunque seguiste participando en las campañas de izquierda. Fuentes policiacas (y por lo tanto poco confiables) te ubican como parte de una conspiración que la KGB organizó en los años cuarenta para explorar la posibilidad de liberar a Ramón Mercader, el asesino efectivo de Trotsky. Lo más probable es que semejante operación no haya existido más que como producto de la fantasía paranoica anticomunista.

La Segunda Colonia del Periodista

En adelante te dedicaste al periodismo profesional, en el que tuviste una carrera fulgurante. En los años cuarenta te casaste por tercera vez, ahora con Laura Pombo, con quien tendrías una hija y un hijo. Como muchos otros periodistas de izquierda, en 1951 te mudaste con tu familia a la cerrada Micrós, en la recién construida Colonia del Periodista, adyacente a la Narvarte. Ahí vivieron también el poeta Efraín Huerta y la pareja de Mario Gil y Benita Galeana, cuya casa aun puede visitarse convertida en un pequeño museo. Ahí fundaste un hogar sólido de clase media, donde ningún hijo volvería a morir en la pobreza como había muerto Gloria.

En los siguientes años llegaste a dirigir la Agencia Noticiosa Latinoamericana, a ser editor de *El Universal* (el mismo que habías apedreado en 1939) y a administrar la revista *Sucesos*. En 1960 contribuiste a fundar la revista de izquierda *Política* de Manuel Marcué Pardiñas, con la que colaboraste en adelante.

Se cuenta que en el 68 colaboraste económicamente con las brigadas del movimiento estudiantil y hasta tuviste escondidos en tu casa a compañeros que huían de la represión. Si es así, era un justo final a tu vida, te volviste a encontrar con los tuyos.

En 1971 escribiste, junto con el cineasta Alejandro Galindo, el libro *El cine, genocidio espiritual*. Te confieso que no lo he leído ni se me antoja demasiado. Dos años después te moriste en tu cama, a los setenta años.

Hasta donde sé, nunca hiciste públicas las razones de tu salida del PCM ni manifestaste diferencias políticas de importancia. Tampoco repudiaste tu participación en el atentado contra la vida de Trotsky. Sin embargo, sí dejabas ver un atisbo de mala consciencia inventando una supuesta distinción entre el método de ustedes, el asalto directo, y el método “traicionero” de Ramón Mercader. En la versión que te gustaba contar, ustedes asaltaron una fortaleza enemiga montados en caballos, como héroes de una película mexicana. “Queríamos matarlo —decías a quien quisiera oírlo, según el recuerdo de Vilma Fuentes—, no asesinarlo.” Siqueiros, por su parte, tampoco negó nunca su participación, pero también él presentaba el asalto a la casa particular de la familia Trotsky como una especie de batalla bilateral, refiriéndose al objetivo como la “clausura del cuartel general trotskista”. Nunca se atrevieron a llamar a las cosas por su nombre.

Así que, pese a toda nuestra parcialidad por ti, capitán Sangrefría, y aun dejando de lado el obvio error de juicio político de la intención, confesamos que nos es difícil ver cómo el disfrazarse de policías en plena noche para ametrallar las habitaciones donde duerme una pareja de ancianos con su nieto de once años y la ejecución de un joven secuestrado puede considerarse otra cosa que una cobardía.

Epílogo: Pepe Peligro

La Habana, 13 de marzo de 1957. Una decena de jóvenes militantes del Directorio Revolucionario, aliados urbanos de los guerrilleros de la Sierra Maestra, penetran en el Palacio Presidencial con la intención de liquidar al dictador Fulgencio Batista.

Un segundo comando dirigido por José Antonio Echeverría toma la estación de radio conocida como El Reloj para transmitir un mensaje de rebeldía.

Ambas operaciones fallan.

Echeverría es capturado y torturado hasta la muerte ese mismo día.

De los asaltantes del Palacio, la mayoría cae en el lugar. Tres logran huir por el parque adyacente, pero la guardia los ametralla y sólo se salva uno.

De los muertos, uno es un militante de 30 años apodado Pepe Peligro, que ya ha participado en varias acciones armadas, como la fuga de los militantes presos en el Castillo del Príncipe el diciembre anterior. Al triunfo de la Revolución, dos años después, será reconocido como un héroe.

Su verdadero nombre es José Luis Gómez Wagüemert, nieto de don Luis Felipe y sobrino de un periodista que alguna vez fue conocido en México como el capitán Sangrefría.

Fuentes consultadas

“75 años. 1940: A un año de la agresión” *Excélsior*, 7 de abril de 2015.

Aguilar Camín, Héctor. “El camarada Evelio Vadillo”. En *Nexos*, 1 de marzo de 1990.

Campa, Valentín. *Mi testimonio. Memorias de un comunista mexicano*, Cultura Popular, 1985 (orig. 1978).

Castañeda López, Gabriela y Ana Laura Rodríguez de Romo. “Esther Chapa Tijerina, 1904-1970”. En <http://www.medigraphic.com/pdfs/bmhfm/hf-2010/hf101h.pdf>

Concheiro Bórquez, Elvira y Carlos Payán Verver (comps.) *Congresos comunistas* (dos tomos) CEMOS, 2014.

_____, Massimo Modonessi y Horacio Crespo (coords.). *El comunismo: Otras miradas desde América Latina*. UNAM, 2007.

Fuentes, Vilma, “Álvaro Mutis” en *La Jornada*, 30 de septiembre de 2013.

García, Pedro Antonio. “13 de marzo de 1957: Asalto a la madriguera”, en *Bohemia* (Cuba), 8 de marzo de 2007.

Gilly, Adolfo. *El cardenismo: Una utopía mexicana*. México, Cal y arena, 1994.

Hernández Valdés, Emilio. Mella: 100 años. *La Habana, Oriente, La memoria*. 2003.

Ibarra Aguirre, Eduardo. *Remembranzas: Anécdotas, memorias y personajes de la izquierda en México*. México, Forum, 2014.

Ibarra Aguirre, Eduardo. “Recuerdos de Julio” (marzo de 1986). En <http://forumenlinea.com/columna/utopia/julio.html>.

Javien, Ana Lura. "La participación de las mujeres en la Revolución Mexicana: Juana Belén Gutiérrez de Mendoza (1875-1942)". En http://historia.fcs.ucr.ac.cr/articulos/esp-genero/2parte/CAP6AnaLau.htm#_ednref1

Mac Gregor Campusano, Javier. "Comunistas en las Islas Marías, julio-diciembre de 1932" en *Signos Históricos*, núm. 8, julio-diciembre, 2002, 139-150.

Martínez, Gerardo Antonio. "Un comunista mexicano preso en Siberia", en *Confabulario*, 8 de julio de 2013.

Martínez Nateras, Arturo (coord.). *La izquierda mexicana en el siglo XX. Libro 1. Cronología*. México, UNAM, Estado de Morelos, 2014.

Martínez Verdugo, Arnoldo (ed.), *Historia del comunismo en México*, México, Grijalbo, 1985.

Matesanz, José Antonio. *Las raíces del exilio. México ante la Guerra Civil Española*, México, Colegio de México, UNAM, 1999.

Paz, Manuel de. *Wuagüemert y Cuba* (dos tomos), Llanos de Aridane, Ayuntamiento de los Llanos de Aridane, 1992.

Revueltas, José. *Los muros de agua*. México, Era, 2013 (orig. 1941).

_____. *Los errores*. México, Era, 1979 (orig. 1964).

Rothwell, Mathew D., *Transpacific Revolutionaries: The Chinese Revolution in Latin America*. Nueva York, Routledge, 2013.

Siqueiros, David Alfaro. *Me llamaban El Coronelazo*, México, Grijalbo, 1977.

Spenser, Daniela y Peralta Ortiz, Rina. *La Internacional Comunista en México. Los primeros tropiezos*, México, INEHRM, 2006.

____ “Unidad a toda costa: La Tercera Internacional en México durante la presidencia de Lázaro Cárdenas.” México, CIESAS, 2007.

Taibo II, Paco Ignacio. *Bolcheviques: Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México*. México, Ediciones B, 2008.

Trotsky, León, *Los gánsteres de Stalin*. México, Fundación Federico Engels, 2009 (orig. 1940).

Valadés, José C. *Memorias de un joven rebelde* (dos tomos), Culiacán, UAS, 1985.

[Alcántara Jaramillo, Xavier] “85° Aniversario de la fundación de *El Nacional*”, [19 de enero de 2015] INEHRM, en [http://www.inehrm.gob.mx/es/inehrm/85 Aniversario de la fundacion de el Nacional](http://www.inehrm.gob.mx/es/inehrm/85_Aniversario_de_la_fundacion_de_el_Nacional).

ÓSCAR DE PABLO (CUERNAVACA, 1979)

Es autor de libros de poesía como *El baile de las condiciones y De la materia en forma de sonido* así como de la novela *El hábito de la noche*. En 2010 publicó por entregas en la revista *Memoria* su trabajo “La rojería: diccionario biográfico de la izquierda socialista mexicana”. Su poemario *Sobre la luz. Poesía militante* fue editado en el marco de la Ferial Internacional del Libro 2014, por la Secretaría de Cultura de la Ciudad de México y Para Leer en Libertad AC.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el
mes de diciembre del año 2015.

Distribución gratuita, cortesía de
Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.